

Probó después Góngora, y tras larga meditación habló así: «Avergüénzome de que los poetas del día me dejen en mantillas, pues si yo soy oscuro éstos son negros, y mi Polifemo al lado de esto es una radiante alborada de julio».

Lo intentaron luego un escribano y un director de manicomio que allí estaban de visita; el primero declaró a continuación su propósito de entrar en la Trapa, y el segundo se volvió a su establecimiento para ingresar como pupilo.

En vista de ello decidieron que aquello no podía ser obra de ningún habitante de la Tierra, y que debió venir de algún planeta lejano donde el «homo sapiens» se hallase aún en tan rudimentario estado de civilización que no produjere más que ideas incoherentes. Y por si la Ciencia podía dar alguna ley donde las Letras no daban chispa, enviaron aquello al laboratorio de alquimia para que fuese minuciosamente analizado. Quince días después Apolo recibió la fórmula, que copiada literalmente es así:

Vitriolo 5 partes
Cianuro 10 »
Dinamita 15 »
Plomo 20 »
Poesía pura 50 »

Al conocer este resultado el dios rubio se encerró en sus habitaciones, con orden de que nadie le molestase. Una semana después apareció un decreto por el tenor que sigue:

«Convencidos por triste experiencia de que la paz y prosperidad de esta República de las Letras pueden verse amenazadas por la agresión exterior o la subversión interna, con grave detrimento de la armonía que siempre brilló entre sus miembros y menoscabo de la buena fama ante la posteridad, vengo en decretar:

Artículo primero.—Queda prohibida, bajo severísimas penas, la producción, manipulación y tenencia en todo el territorio del Parnaso, del explosivo llamado poesía pura o deshumanizada.

Artículo segundo.—Desde hoy se reforzarán las guardias exteriores de la muralla para evitar la entrada clandestina de tan peligrosa sustancia.

Dado a tantos; de tantos, etc., etc.—Apolo».

Y la paz reinó en el Parnaso.

EUGENIO PAYO

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

GLOSA

CORRO ARROYANO

Ya gira, rítmico y lento,
trenzando el corro su danza...
Ya eleva su argentería
un romancillo de plata...
Una voz va desgranando,
como rosario de nácar,
los versos que el romancero
puso en los labios de grana
de las bellas amadoras
que suspiran y que cantan...

¡Bellos corros antañones,
—de un pueblo su bella estampa—,
que permiten ver mujeres
tan graciosas y reguapas
que en la retina se fijan
y para siempre se graban...!

La bella policromía
de sus refajos de grana,
rojo, azul, verde, amarillo,
—matizado por la gama
de los colores del iris
que sus bordados realzan—,
le dan garbo y bizarría
y, de señora, prestancia.
Son sus pañuelos castizos
de mil colores, de manta,
de manila señoril
o bordada tela blanca;
jubón de raso labrado,
blanca y límpísima enagua,
mandil de raso o de seda
con caladísimas randas,

medias, con bordada espiga,
de escogida y fina lana,
zapatos de color negro
de piel, terciopelo o pana...

Y los rosiclères de oro,
en sus turgentes gargantas,
y sus pendientes «de rueda»,
de artística filigrana,
—cincelados por orfebres
de Ceclavín o de Zarza—,
componen el justo atuendo
de una típica arroyana.

El corro va acompañando,
con ironía o con gracia,
con picardía risueña
o dulzor de enamorada,
que comprende las tristezas
o la risa que le estalla
en su pecho de mujer,
—tan netamente arroyana,
cacereña repulida
y española dulce y brava—,
al sentir, cual cosa propia,
de los romances la trama
que describen en sus versos
los sufrimientos, las ansias,
de corazones sencillos
que dejan ver a sus almas...

Si escuchaste, alguna vez,
sus voces finas y claras
en «Mañana de San Juan»,
«Una pulida hortelana»,
«Mi carbonero», «El pobrete»,
«Está mi calle regada»,
«Estaban las tres comadres»
o la canción «A la rama»,

«Trinquilín» o «Pabilón»,
«Gerineldo» o «Zarandaina»,
«La molinera» y «Griselda»,
«Un mocito que en Granada»,
«La moza de los madriles»
o «La tonadita llana»...

Si lo escuchaste, seguro
que has de sentir en tu alma
—cuando llegue la hora bruja
del recuerdo y la nostalgia—,
las aladas melodías
y las pícaras tonadas,
que vibran en los cerebros
como fulgúneas llamas,
y, cual diablillos traviesos,
nos apresan, nos encantan,
en las redes invisibles
del amor que ellas derraman...
¡No lo olvidará jamás
ni en el tiempo y la distancial!

Y, tras su leve canción,
no hallarás joven liviana,
sino doncella discreta
tan honestísima y casta,
que sabe cortar, valiente,
al galán que se desmanda...
Guardando, como un tesoro,
sus virtudes, de alma clara,
para que nadie las quiebre
ni en pensamiento mancharlas...

Ya gira rítmico y lento,
trenzando el corro su danza...
Ya eleva su argentería
un romancillo de plata...

AMENOFIS